

Las poesías completas de Chona Madera aparecieron apenas un año antes de su muerte. (El volumen aparece titulado impropriamente *Obras Completas*). De los siete libros que ese volumen recopila, es tal vez *Las estancias vacías* (1961) aquel en que cristaliza ya la voz de la autora, una vez superado el ámbito de la expresión modernista, al cual Chona Madera debe delicados versos alejandrinos y una ceñida —aunque, como en Alonso Quesada, voluntariamente prosaica, narrativa— atmósfera íntima. Una y otra cosa reaparecen, es verdad, en su obra posterior, pero se diría que ya con otro significado, cuando la estética realista deja sentir su peso. Chona Madera ha escrito media docena de poemas que han de figurar en una antología rigurosa de la poesía canaria de este siglo. Coincido, en este punto, con Lázaro Santana (*Poesía Canaria*, 1969) en cuanto a la selección de esos poemas: entre ellos está, ciertamente, el titulado “¿Quién reconocer puede?...”, tal vez el mejor poema de Chona Madera; el arabesco fraseológico, de ecos cernudianos, y la cálida entonación que caracterizan a ese poema, son rasgos que, por desgracia, no suelen reaparecer en esta obra, definida en parte por la desigualdad y la irregularidad. Entre los poemas que, con mérito inequívoco, habrían de ser recogidos en aquella antología, yo llamaría la atención, además, sobre el titulado “Mas si una brisa de esperanza corre”:

Bajo a mis pozos de dolor y escucho:
lo único vivo es el silencio.
Apenas si de tanta dicha
columnas yacen, y el recuerdo.

No es uno el mismo entre los suyos
que cuando solo flota inmerso
en densa sombra, e inexistentes seres
demasiado vacío acusan dentro.

Porque hay que vivir vuelvo con pena
hacia la superficie y hacia el tiempo.
Del seno de mi madre —tan amada— acaso
sea yo el último entierro...

No es la luz nuestro signo,
aunque a ella tendemos sin remedio.
Mas si una brisa de esperanza corre,
algo distrae el corazón de nuevo.

(Bendita de este mundo, que aún te sobra
piedad bastante para darnos sueños).

Pienso en Emily Dickinson: lucidez,
evanescencia.

A.S.R.



CHONA MADERA

TRES POEMAS DE CHONA MADERA

¿QUIEN RECONOCER PUEDE?...

En esta que ahora eres desde tus noventa
años, desde tu prolongado sueño
del que a veces despiertas y nos hablas;
inexpresivo, ya quieto el dulce rostro,
¿quién de reconocer capaz
es, la que conocí yo en ti y aún brillaba?

En tantas noches de teatro y salones
en fiesta, qué esbelta tu figura destacaba.
Gracia e ingenio eras, ¿dónde ahora?
¿A dónde van, oh Dios, el alto pensamiento,
el vigor de los cuerpos y la gracia?
¿Hacia dónde para siempre huyen...?

De cuántas bellas cosas tú el motivo.
De mis adolescentes años tú el recuerdo.
Cuánta juventud compartí contigo.

Sólo unas tardes hace, acariciando
tu fina mano ya seca,
todo un pasado se agolpó en mi frente;
un pasado largo, en el que apenas
un débil asidero —tu mano— le bastaba.

Cuánto no haría por así conservarte
de delicada, así de tibia, así de frágil,
casi sólo respiro, punto de luz, casi sombra ya...

De nuestra sangre —la tuya de la mía
no demasiado lejos— ya que sólo tú, dulce
Virginia, quedas, una generación desaparece...

Quiera Dios por aquí tenerte, y en otras
muchas tardes más y otras aún lejanas,
de nuevo pueda recibir de ti tanto recuerdo,
tanta vida; la que sólo tú, así de delicada,
así de tibia, así de frágil, casi sólo respiro,
punto de luz, casi sombra ya..., darme puedes.



QUE REMEDIO, PEOR SI NO ACEPTABA

Apenas si había comprensión, afinidad entre ellos: lo que era inevitable en un mundo social, que no era el suyo. mas había de acostumbrarse.

Constantemente se veía obligado a deponer su personalidad (por fuerte, indeclinable). Cuántos esfuerzos por no desentonar entre las nuevas, ocasionales amistades.

Defraudado, en su conversación apenas si era él, si su yo recordaba. Todo su empeño estaba en parecersele, en que la diferencia no notaran.

No podía soportar el verse solo por haber perdido viejos amigos, amados familiares. Tanta había sido la soledad vivida, que, sólo de pensarlo, le dolía hasta el aire.

Preferible le era estar entre ellos, aunque de tono vulgar, insustanciales. Apenas si sensibles, si atendían a otra cosa, que no fuera a sus deportes y a sus viajes.

Silencio y sombra de sí mismo aquella soledad (jamás creyó que tanto le costara). Verse solo o anulado, era el precio. Qué remedio. Peor si no aceptaba...

HASTA QUE TU NO ERES POCOS SOMOS (A Ventura Doreste)

Oh tú, dimensión —la más trascendente— que nos desbordas una vez conocido el rumoroso ser, que "Amor" se llama.

Que apenas si soñada, si presentida a pesar de ir tan dentro, surgiendo al nuevo "conocimiento" sin posible medida, inmensa ya, incalculable.

Que tan sólo te basta el feliz "encuentro" para que empecemos a crecer, a revelarnos el que hasta allí no fuimos.

Mas el que por tus espacios (insospechada inmensidad) llegue a ascender, a remontar sus alas una vez liberado, rotos por ti sus menguados límites y de pronto, descender se sienta (imprevisible es su ley), inútil le serán las fuerzas de su espíritu a sostenerle, ya que a su corporal pequeñez se precipita.

Pero bástele haber llegado a tan diáfana altura, que si breve en el tiempo y aunque regresado y ya su pecho sepultura se sepa de esa muerte, el "Amor" —la máxima ventura— le fue dable.

Que aquí, ser despertado (por esta condición de eternos Lázaros, la plenitud lograda es sólo en la pareja) pronunciando palabras nuevas, distintas, alumbradas desde lo más profundo; desde el más entrañado "yo" hasta allí aprisionado como jamás pudo cárcel alguna, ya nada más alto, aunque la vida dure, y el corazón a sus mil cosas nos convoque.